

CARLOS MAYORAL



UN EPISODIO
NACIONAL


ESPASA

CARLOS MAYORAL
UN EPISODIO NACIONAL



ESPASA  NARRATIVA

© Carlos Mayoral, 2019
Mapa de interior: © Manuel Calderón
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 3860-2019
ISBN: 978-84-670-5503-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Black Print

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO I

1

El día que aspiras el aroma de la muerte, este no te abandona jamás.

Doña Isabel Orgaz apenas había podido pegar ojo esa noche calurosa de verano por culpa de cierta migraña crónica y algún que otro desliz en la conciencia, pero lo cierto es que no fue hasta que las moscas empezaron a posarse sobre su carne desnuda cuando el sueño se volvió inalcanzable. Lo primero que pensó, así de vulgar resulta a veces la mente, es que aquellos insectos no volaban de noche. Doña Isabel no sabía que el fenómeno tiene que ver, precisamente, con el exceso de luz que le ha deslumbrado hasta despertarla. Con algo de crispación intentó apartarlas a manotazos torpes, pero el Madrid del mes de julio es un Madrid tan asfixiante que al terminar los aspavientos tuvo que detenerse para tomar aire. El ligero olor a aceite quemado le había llegado unos minutos antes, pero se lo había achacado una vez más al trajín con el que la villa se acuesta cada noche en esa época. Precisamente es el verano el que, gracias a (o más bien por culpa de) sus ventanas abiertas, te exige dormir con los sentidos en guardia, involucrados en la brega de la ciudad. Así que, alertada por el ajetreo constante, doña Isabel se dio cuenta de que lo que en un principio era un ligero olor a aceite quemado terminó convirtiéndose en un olor fuerte a carne chamuscada primero, y en un hedor inaguantable después. Isabel extrajo un pañuelo de la mesilla y tapó su rostro dejando sólo ambos ojos al descubierto. La madrugada parecía espesarse, y todo se aceleró cuando el rumor de un pequeño cuchicheo llegó hasta sus oídos.

Se asomó al balcón y no pudo evitar llevarse una mano a la boca, gesto que le obligó a dejar caer así el pañuelo al suelo. Una humareda fuerte se escapaba por la ventana de uno de los edificios cercanos, y eran las llamas las que convertían en luminosa una madrugada que debió cerrarse bajo la oscuridad limpia de julio. Unos cuantos vecinos ya aguardaban en la calle el desenlace de lo que aparentemente parecía un incendio con víctimas, dado ese olor a carne quemada que flotaba en el ambiente. Isabel volvió a tumbarse en la cama dudando de la conveniencia de bajar con el resto de los vecinos a esperar a la policía. El calor, el olor y la angustia terminaron de envalentonar a la mujer, que decidió utilizar la misma ropa que había vestido por la mañana, es decir, una falda de hechura de campana, un cuerpo corto y unas mangas drapeadas, con pliegues. El asunto exige más elegancia que nunca, pensó, pues muy pronto se daría cita allí todo el vecindario, dada la rareza del asunto. Así de vulgar es la mente a veces. Terminó de calzarse mientras el alboroto afuera continuaba creciendo. Isabel sentía pena por su marido, al que le hubiera encantado asistir a la escena de apoyo vecinal que parecía representarse, pero un negocio de vinos en Jerez le había hecho perderse tamaño acontecimiento.

Ya en la calle, lejos de aliviarse por hallarse en un espacio abierto, los pulmones amenazaron con cerrarse ante la falta de oxígeno. Se acercó al corrillo que ya se había formado en plena calle de Fuencarral e intentó enterarse de lo ocurrido. Las informaciones eran contradictorias. Había quien apuntaba que se trataba de una explosión; había quien, sin embargo, hablaba de unos gritos misteriosos, e incluso había quien se decantaba por un simple incendio sin más... Sin duda, el vecindario había aplicado la máxima de más vale el rumor que el desconocimiento, y todo parecía indicar que el tiempo que tardasen en llegar las autoridades sería invertido en hacer entretenimiento del bulo y de la patraña. Pero entonces, rompiendo el silencio de la noche y el ligero rumor de los cuchicheos, un grito de mujer puso en alerta a la decena de personas que allí se hallaban. Todos se miraron fijamente, buscando en las pupilas del contrario respuestas al enigma. Sobra decir que la respuesta no estaba allí, sino dentro del portal, y durante los segundos posteriores se abrió un debate sobre si era oportuno entrar en el edificio para descifrar el origen del grito, de la humareda y del hedor.

A Isabel le apetecía, por alguna especie de morbo desconocido, formar parte de la comitiva que se adentrara en el edificio, pero echó un vistazo a sus zapatos a juego con el vestido, el tacón alto bajo el gigantesco broche dorado que coronaba el calzado en la solapa, y comprendió que quizás, por lo que pudiera pasar, aquel calzado no era todo lo seguro que exigiría un impulso como ese. De pronto, el nombre de Luciana Borcino llegó a su mente y no pudo evitar estremecerse ante el mal augurio. Luciana era una mujer cercana y simpaticona, al menos con ella, con la que había coincidido en la zapatería de la calle de la Princesa precisamente el día en que Isabel había adquirido los zapatos de tacón medio y broche dorado. Fabián, el modista, se había agenciado varios pares del mismo estilo tras su paso por la última feria de la moda en París. Ahora se los ofrecía sólo a sus mejores clientas en su pequeño local madrileño. Isabel y Luciana eran dos de esas a las que Fabián había llamado «mejores clientas», y aquella mañana de primavera habían coincidido en la zapatería para probarse los dichosos zapatos.

Luciana vivía en aquel portal que ahora arrojaba una humareda negruzca a través de uno de sus ventanales. Isabel no sabía qué planta ocupaba el domicilio de aquella mujer, pero un escalofrío terrible le hizo imaginar lo peor. Al morboso impulso inicial se le añadió este interés personal, lo que hizo que Isabel se ofreciese a acompañar a los dos hombres que encabezaban el grupo de tres personas que se adentrarían en el edificio. Minutos más tarde, cruzaban el elegante portal. Dos columnas de granito recibieron a los tres rastreadores, que con sigilo fueron penetrando en el pasillo. A Isabel no dejaba de sorprenderle la categoría de la construcción. Los suelos empedrados, las barandillas doradas, las maderas de la escalera relucientes, las rejas de color canela, las puertas de roble... Todo un prodigio arquitectónico del que ella, a pesar de lo engorroso de la escena, sintió envidia.

Con pasos cortos y sin soltar palabra, giraron la esquina que llevaba hasta el piso que parecía quemarse. Su sorpresa fue mayúscula al comprobar que no eran los primeros en llegar. Dos vecinos registraban la propiedad. En la entrada, un tercer hombre sujetaba en brazos a una mujer que parecía desmayada. Los dos acompañantes masculinos de Isabel saludaron al hombre

que intentaba reanimar a la mujer antes de penetrar en la estancia. Isabel se detuvo en la puerta.

—¿Está viva? —preguntó. El hombre asintió—. ¿Ha sido ella quien ha gritado hace un minuto?

El hombre, muy agobiado, volvió a mover la cabeza de arriba abajo en señal de asentimiento. Esta vez sí habló, aunque la voz ronca salía de su cuerpo con una tiritona que hacía ya presagiar lo que ocurría dentro.

—Es mi mujer. Siempre fue muy impresionable, y al ver lo que ha pasado, no ha podido evitar dar ese grito y desmayarse.

—¿Quién hay dentro?

—Un vecino que ha venido también a ayudarnos. Y sus hijos, creo. Viven con Juana —señaló a su mujer con el mentón— y conmigo en este mismo edificio. Más sus dos acompañantes, en total somos seis ahí adentro sin contar a los habitantes de la casa. —El hombre carraspeó, y a punto estuvo de lanzar un esputo al suelo que finalmente decidió tragarse—. Hemos venido a comprobar qué demonios pasaba, pero la imagen es espantosa. Le aconsejo que no entre.

Isabel se tomó la recomendación como un motivo más para entrar.

—No se preocupe. Yo no soy nada impresionable. Mi nombre es Isabel Orgaz y vivo también en el barrio.

—Damián Trastévere, para servirle.

—Con su permiso, voy a entrar.

El hombre no contestó a la gentileza y se centró en las labores de reanimación de su mujer. Isabel penetró al fin en la casa y se encontró a los cinco hombres, los tres a los que se había referido Damián, dos de ellos muy jóvenes, y los dos que la habían acompañado, dialogando en corrillo. ¿Dónde estaban los habitantes de la casa? Ya no quedaba ni rastro del supuesto incendio. Al verla, uno de los cuatro hombres se dirigió a ella en tono paternalista.

—No entre. No le va a gustar la escena, me temo.

Pero a ella le gustaba menos aquella falsa condescendencia, así que sin mediar palabra se adentró por el pasillo. La penumbra no le dejaba reconocer los cuadros que salpicaban las paredes, tampoco la decoración ni el estilo de la casa. Pero a medida que se iba acercando a la habitación a la que ya varios cuerpos

se asomaban, el olor se iba intensificando y sus reflexiones se iban centrando en el funesto desenlace que parecía tener aquel episodio. La primera sorpresa llegó al ver en una de las habitaciones la figura de un perro que yacía inconsciente en el suelo. Isabel se aproximó y comprobó que el animal seguía vivo, aunque probablemente se hallase bajo el efecto de un narcótico. Con los ojos ya habituados a la penumbra, pudo constatar que se encontraba en la cocina de la casa, aparentemente decorada con buen gusto. Se había detenido en uno de los platos de porcelana que descansaban sobre la mesa cuando cayó en la cuenta de que, junto al perro, el cuerpo de una mujer joven se encontraba tendido apenas a un metro del animal. Isabel se llevó, por segunda vez en pocos minutos, la mano a la boca en señal de espanto. *A priori*, el cuerpo no presentaba señales de violencia y, gracias a la respiración leve que se intuía entre la penumbra, supuso que la joven seguía viva. No obstante, le alivió saber que no se trataba de Luciana.

—No toque el cuerpo. —Isabel se giró y comprobó que el tono de voz le pertenecía al tal Damián Trastévere—. Todo apunta a que esta mujer es la asesina, así que conviene no entorpecer la labor del juez.

Isabel no había retirado aún la mano de su mentón, e incluso se escandalizó más al escuchar la palabra «asesina». Salió de la cocina bordeando la figura de Damián. Con esa sensación que llega cuando los malos presagios van tomando cuerpo, la mujer fue recorriendo la casa, examinando con la vista todas las habitaciones. Llegó a la alcoba principal y, como ya había intuido entre sombras, efectivamente varios hombres rastreaban la estancia, probablemente vecinos. Dirigió su mirada al suelo, y lo que en el resto de las escenas se había saldado con una mano en la boca, esta vez lo hizo con un grito sordo, un tambaleo de piernas y un escalofrío atroz recorriendo su espina dorsal. Se agarró al primer asidero que encontró: un pequeño tresillo encasquillado en bronce. Una lágrima surgió de algún lugar a medio camino entre la tristeza y el miedo.

El cadáver de Luciana Borcino descansaba sobre un charco de sangre en el centro de la estancia. A la altura del pecho, la sangre se oscurecía. Alguien la había apuñalado a esa altura del corazón, más o menos. Para colmo, el resto del cuerpo lucía que-

maduras no demasiado profundas en apariencia, pero sí lo suficiente como para haber hecho de los últimos momentos de su vida un infierno. Esto explicaba el humo que había dejado de brotar, así como el terrible olor a aceite y carne quemada. A la lágrima inicial que doña Isabel había dejado escapar le siguió un llanto continuado que duró varios minutos. Allí, frente al cadáver de Luciana, Isabel apretaba los puños preguntándose por qué, si la fragilidad de la vida ya bastaba para hacer de la muerte algo temido, alguien podía además asustar a los vivos con un final tan horrible. Sobre el cuchicheo de la calle sobresalieron las voces que anunciaban la llegada del juez con varios guardias y el portero del edificio, encargado de trasladar el aviso.

Isabel comprendió que había llegado la hora de abandonar la escena del crimen. Alguien despistado le preguntó por lo ocurrido ya fuera del edificio, y ella sólo fue capaz de contestar con torpes explicaciones sin sentido. Eso sí, se persignaba de vez en cuando. Lo hacía al cruzar por su conversación alguna expresión que ella considerase poco adecuada: en ese momento Cristo pedía cuentas y ella las daba. Se enjugó las lágrimas y se marchó de allí apiadándose del alma de Luciana y odiando con toda su fuerza a la asesina, que seguía tendida en la cocina. Antes de salir de la alcoba, echó un último vistazo y terminó de cerciorarse: el cadáver calzaba un solo zapato con el tacón alto y un gigantesco broche dorado sobre la solapa. Las lágrimas, empujadas ahora por una mezcla de impresión y de melancolía, volvieron al rostro de doña Isabel Orgaz.

2

El vagón de tercera en el que yo viajaba camino a Madrid más parecía transportar ganado que hombres dispuestos a ganarse el jornal. El calor abrasador amenazaba con desintegrar aquel amasijo de hierros y no exagero si digo que, con cada legua recorrida, el interior se iba recalentando hasta casi achicharrarnos. Y digo que no exagero porque, aprovechando la parada que el convoy había efectuado en Medina del Campo, uno de los viajeros intentó sacar medio cuerpo por la ventana para coger aire y el resultado fueron unos cuantos alaridos motivados por la quemadura que la chapa produjo en sus manos. El sudor fluía sin saber muy bien cuándo podríamos enjugarlo, y me juré varias veces no volver a viajar en verano, al menos sin la certeza de que saldré vivo del intento.

Cuando era niño, me detenía en la posta de San Francisco, a las afueras de Valladolid, y observaba cómo las diligencias cruzaban de sur a norte y de norte a sur, dejando que mi imaginación se disparase. A veces fantaseaba con escenas en las que aquellos carruajes eran asaltados por bandoleros en las tierras yermas del sur, o me los imaginaba transportando a un acaudalado rey moro camino de Europa, o soñaba con pingües riquezas en el último vagón. En fin, cualquier cosa con tal de excitar a las musas que yo sentía que crecían en mi interior y que, al contacto con aquellas gentes venidas desde cualquier punto del país, me permitían creer en un futuro dedicado a la literatura y a la fábula. Años después, cuando mi padre accedió a darme la oportunidad de viajar a Madrid en busca de ese futuro, comprendí que yo sería uno de esos personajes que cruzaban la pos-

ta camino de cualquier parte, aunque hubiese cambiado los antiguos carruajes por un tren tan horroroso como aquel.

A mi lado, una joven sujetaba un libro de poemas clásicos. No pude comprobar a qué autor del glorioso pasado poético devoraba, pero a juzgar por la estructura métrica hubiese apostado por el casi olvidado neoclásico. Una hora más tarde, la lírica había desaparecido bajo la tiranía del astro rey, y los versos de la anacreóntica ahora servían para abanicar a la muchacha. Las cuarenta leguas que separan Valladolid de la capital fueron como un infierno en pleno julio. Los niños lloraban, los ancianos resoplaban, y de aquel vodevil salió un sonoro aplauso cuando comprobamos que los tejados de la villa de Madrid se intuían al otro lado del cristal.

Me impresionó la estación del Norte, que así la llamaban los que la conocían, con ese trajín incesante del que muy pronto supe que no me libraría mientras viviese allí. La arquitectura era tan simple que hasta las plantas que habían colocado para alegrarla resultaban mustias ante semejante mediocridad. Quizás la falta de juegos arquitectónicos se debiese a que el edificio debía salvar una pendiente salvaje hacia una especie de montaña que llamaban de Príncipe Pío, y que recibía a los viajeros que ponían el pie en Madrid con un tremendo sofocón. Como a esto le tenemos que sumar el infeliz trayecto ferroviario, si digo que a los cinco minutos de llegar a la ciudad ya la odiaba, no estaría siendo injusto con mis sentimientos.

La última noche que pasé en Valladolid la recordaría siempre como un cúmulo de nervios y ansiedad. De algún modo, viajaba a Madrid para cumplir un sueño, pero también se mezclaba ese anhelo con el hecho de abandonar lo conocido, lo placentero diría incluso, por un mundo que se presentaba amenazante y peligroso. A pesar de todo, yo encontraba en ese destino inquietante un peaje que habría de pagar por llegar a ese sueño al que me refería, el sueño de ser escritor en una ciudad de escritores. Fue al ser recibido por la villa de Madrid cuando supe que al sueño y a la pesadilla les separa una línea casi imperceptible, como bien demostrará este relato que les ofrezco.